

COMENTARIO BÍBLICO DE LA LITURGIA DE LA PALABRA DOMINGO TERCERO DEL TIEMPO DE ADVIENTO (CICLO C)

El domingo pasado leíamos la primera parte del Evangelio de hoy y veíamos que se trataba de un anuncio de salvación dirigido a todos los hombres, sin excepciones. El texto terminaba invitándonos a preparar el corazón, como se prepara un terreno silvestre hasta convertirlo en camino transitable. El Señor viene a perdonarnos y a salvarnos; pero espera de nosotros una tarea: que nos preparemos o, lo que es lo mismo, que procuremos la conversión¹.

En este domingo, entonces, se nos dan coordenadas más concretas sobre el significado de la *metanoia* (o conversión).

Es bien sabido que conversión significa cambio de mentalidad y de conducta, lo cual supone un arrepentimiento, una renuncia al pecado y, por lo tanto, un tomar otro rumbo distinto del que se estaba siguiendo. El hombre se vuelve hacia Dios e inicia una vida nueva. En definitiva, es la condición necesaria para recibir la salvación de Dios.

Sin embargo, a los destinatarios del Evangelio de Lucas, el término *metanoia* no les resultaba tan claro. Lucas escribe para una comunidad en la que había muchos cristianos que no eran de origen judío. Para ellos había que aclarar conceptos. No conocían el A.T. Por eso mientras en los otros Evangelios simplemente leemos que Juan Bautista invitaba a hacer penitencia, en éste aparece la gente preguntando y pidiendo mayores aclaraciones. Este pasaje no tiene paralelos en los otros Evangelios.

La gente, los publicanos, los soldados preguntaban "¿qué debemos hacer, entonces?" Sentimos el eco de lo que sucedía en la comunidad de Lucas, pero también interpela hoy a cada cristiano que quiera prepararse. La respuesta a esta pregunta sobre el cómo y el qué de la conversión, constituye el núcleo central del Evangelio de este domingo.

La primera respuesta del Bautista se dirige en general a toda la multitud, a todo el pueblo de Israel que sale de sus ciudades y aldeas para ir donde estaba Juan. Se trata, entonces, de una exigencia para todos. Y la primera actitud penitencial que les propone es el **desprendimiento**. Ropa y comida, bienes de primera necesidad, se deben compartir con el que no tiene nada o tiene menos. ¡Que la gente no guarde más que lo necesario! No está proponiendo un ideal de pobreza, sino el cumplimiento del mandamiento del amor al prójimo, para que nadie en Israel sufra la desnudez ni el hambre. Se trata de una disponibilidad que puede "doler" pero que crea libertad. Frente a la necesidad o carencias de los demás, por amor, cabe la solidaridad, la generosidad, el compartir fraterno, la sensibilidad...

¹ Cfr. FRANCOIS BOVON, *El Evangelio según San Lucas*, vol. I, Salamanca 1995, 250-258 y LUIS H. RIVAS, *Jesús habla a su pueblo*, Buenos Aires 2000, 21-26.

Podríamos preguntarnos si los que nos sabemos necesitados de salvación y esperamos que el Señor venga a remediar todas nuestras miserias, estamos dispuestos a acudir con nuestros propios bienes ante alguno que padece una necesidad material.

La segunda respuesta del Bautista se dirige a algunos publicanos. En la época en que predicaba Juan, como después sucederá en la de Jesús, los cobradores de impuestos eran considerados los más odiosos entre todos los pecadores. Por motivos religiosos como políticos, los judíos los aborrecían y los tenían por excomulgados o apartados del pueblo de Dios. Ellos se enriquecían por vías ilegítimas o injustas. Exigían más de lo debido. Aceptaban sobornos ("coimas") como formas fáciles de hacer entrar un dinero extra. En definitiva, disimulada o explícitamente, robaban. Se busca el enriquecimiento. Lucas se interesa por una ética de la justa adquisición de bienes y del buen uso del dinero. El Bautista estaba intentando **poner frenos a la ambición**: segunda propuesta penitencial.

Porque la ambición (el deseo ardiente de riquezas, poder, fama, dignidades), enciega al hombre que termina por no ver lo que Dios le pide y más aún lo que el hermano necesita. A quienes proceden así, el llamado a la conversión les dice: no exijas más de lo debido.

La tercera respuesta del Bautista se dirige a los soldados. Ellos también quieren saber qué significa convertirse. A ellos, Juan les responde que no utilicen su posición de privilegio para obtener beneficios personales ni para hacer injusticias a los que están más desprotegidos. Hacer falsas denuncias o amenazar con ellas para extorsionar a la gente, suelen ser la manera que tienen los que pueden manejar ciertos niveles de autoridad cuando quieren ganar dinero con facilidad o sin trabajo. Este **abuso de autoridad**, sobre todo realizado por quienes la han recibido para proteger a los más débiles, es el tercer pecado o tendencia que hay que corregir durante esta espera a la venida del Señor.

Tal vez por nuestra posición familiar, social, económica, profesional, laboral... estamos revestidos de cierto poder o se nos ha dado alguna autoridad sobre los demás. La pregunta sería: ¿Cómo ejercemos ese poder o autoridad?

Así, Lucas da una indicación general (vv.10-11) y dos ejemplos concretos de casos extremos (vv.12-14). Compartir sin empobrecerse uno mismo, y no exigir más de lo convenido forman una especie del doble mandamiento de este III Domingo de Adviento.

Hoy también nosotros deberíamos preguntarle al Bautista, como lo hiciera el joven rico a Jesús, "*Maestro, ¿qué debemos hacer?*". Nos toca quitar obstáculos y enderezar sinuosidades. Lucas no tomó todas las posibles respuestas a esta pregunta fundamental para este tiempo de Adviento. Sólo nos presentó algunos ejemplos (egoísmo, ambición, abuso de poder...), a modo de paradigma.

Con esta guía, podríamos seguir interrogándonos hasta descubrir las formas que el pecado ha asumido para esconderse o anidarse en nuestro corazón. Jesús quiere sanarnos y salvarnos. Desenmascaremos todo lo que nos daña u obstaculiza la acción de Dios que viene.

Dra. María Verónica Talamé
Salta